

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Como no ignora nadie que se estime, los Estados Unidos son el país donde suceden todas las cosas raras y se producen los tipos de originalidad en el modo de pensar y de proceder. Estos días me encuentro en relación transitoria con uno de ellos, el millonario James Carleton Young.

Erase un señor que tenía el gusto de hacer frecuentes viajes á pie por Europa. Durante una de sus peregrinaciones á través del Atica, algo rendido de tanta caminata, se detuvo en Atenas á fin de tomar descanso. Y en una hermosa tarde de junio, hallándose entregado á sus meditaciones en la Acrópolis, tuvo la inspiración de la biblioteca que debía fundar. Pensando en las maravillosas esculturas de la antigua Grecia, hoy dispersas por los Museos de Europa y que él hubiese deseado ver reunidas en la misma capital de la Grecia heroica, adoptó la resolución de componer una biblioteca que fuese esplendoroso testimonio de admiración hacia un arte más alto, más divino que la escultura: la literatura.

Para este objeto resolvió juntar bajo un techo mismo, en su admirable y amada ciudad de Minneapolis (Minnesota), las obras más notables de los mejores escritores vivos de todos los países del mundo, en toda lengua. Cada obra deberá llevar una dedicatoria autógrafa del autor, que resuma el peculiar carácter de sus aptitudes. Si se trata de un poeta, debe escribir un poema corto. Si un novelista, una confesión autobiográfica-literaria: cómo pensó el asunto, cómo estudió á los principales personajes. Si historiador, deberá anotar algún detalle curioso del período histórico á que el libro se refiere. Si biógrafo, alguna anécdota sobre la vida del personaje á quien biografía. Si viajero, alguna entretenida particularidad de las comarcas que haya visitado. Si teólogo, una alusión á los dogmas y ritos de la religión que profesa. Si filósofo ó sabio, un resumen de los hechos observados ó de las teorías profesadas. De este modo— advierte Carleton—el ejemplar será en cierto modo único, y llevará en la frente, por decirlo así, la garra de su autor.

Realizar la empresa no era tan sencillo como parece. Recoger los libros, preparados en la forma que el aficionado deseaba, pedía tiempo, dinero y paciencia—lo que toda empresa humana pide.—El dinero sabemos que es una droga yanqui, pero la paciencia no sabíamos que fuese la principal virtud de este pueblo improvisador. Sin embargo, toda persona ó colectividad enérgica es paciente á punto. Carleton, como primera providencia, se agregó cuatro excelentes colaboradores, que se repartieron el trabajo de un modo racional, y no cejarán hasta llevar á término la empresa. Entre tanto, Carleton sigue viajando por Europa y Asia, con objeto de enriquecer su colección, y nos enteramos de que en cada país deja formado una especie de comité, compuesto de todos los críticos literarios de autoridad. El oficio de tales comités es elegir, entre las producciones literarias de su patria, las mejores y más dignas de figurar en la biblioteca ideal del aficionado.

Porque Carleton no quiere broza. Arguye él que, así como en los Museos no se admite lo primero que llega, y se depura cuidadosamente el mérito y autenticidad de cuadros, estatuas, tallas y esmaltes, en la biblioteca conviene escoger también, y con detención y gusto. Al objeto de reunir y guardar convenientemente su tesoro, Carleton proyecta construir en Minneapolis un edificio á prueba de fuego, donde instalar la colección reunida. La biblioteca tendrá su personal, adscrito en debida forma, y el público entrará libremente á admirar tantas riquezas y curiosidades.

Su dueño entiende, y así lo declara, que es un deber grato hacer á la multitud partícipe de los beneficios y los goces de la iniciación en la vida altamente intelectual de nuestra época, y que sería egoísta quien no lo realizase, y ocultase celosamente sus libros.

Otra opinión del infatigable coleccionista es que los autores son muy amables, y más amables cuanto más renombrados y famosos. Es en extremo lisonjero para nosotros, los literatos, que Carleton nos tenga por las gentes más nobles, desinteresadas y simpáticas del mundo, con raras excepciones. Al leer esta afirmación del original coleccionista, no pude menos de meditar breves instantes; y después, alzando los hombros, murmurar ese «quizás» en que se resume la substancia de largas reflexiones sobre lo contradictorio de la psicología...

Y ved como el norteamericano cuyos intentos refiero camina hacia una especie de inmortalidad, al coleccionar la inmortalidad (permítase la frase) de otros. El *Sheridans men and women*, revista ilustrada que ve la luz en Nueva York, trae su retrato y le otorga el título de *rey del libro*, más honroso que el de *rey del petróleo* y *rey del mercado de carnes*, atribuidos á compatriotas de este bibliófilo, que á los cuarenta años es dueño de la biblioteca más notable del orbe, centenares de miles de volúmenes. Por cierto que semejante dato me sobresalta un poco. ¿Cabe en lo factible reunir una biblioteca de cientos de miles de volúmenes, y que siga siendo muy selecta?

O yo no interpreto bien las intenciones del coleccionista, ó sólo entran en su programa autores vivos, porque los muertos no pueden realizar el mérito del ejemplar (primera edición, á ser posible) con inscripciones autógrafas. Y catalogando sólo autores vivos, y autores de algún merecimiento, la cifra de cien mil volúmenes me parece desenfrenadamente ambiciosa.

En fin, pongamos que el Sr. Carleton comete el pecado general, el pecado de indulgencia, y abriendo la mano, acoge en el templo de ese suntuoso edificio que se dispone á elevar en Minneapolis á muchos á quienes las Musas, inflexibles, cerrarían la puerta. Así debe de ser, pues si se aplicase un saludable y justo rigor, tendría el Sr. Carleton muy suficiente con la modesta sala donde caben los contados libros gloriosos de nuestra edad contemporánea y de la generación que respira aún.

Carleton, por otra parte, confiesa que ha cometido errores, que ha solicitado libros de escritores que nada valen y omitido solicitarlos de otros más señalados. Espera corregir estos yerros, y hacer de su biblioteca algo único en el mundo. Entre las inscripciones que avaloran los libros de la colección, existen algunas proféticas. Uno de los historiadores más grandes que hoy existen escribió, en un ejemplar de su historia de una importante nación europea, las razones que le inducen á anunciar que esta nación perderá, en el plazo de veinticinco años, su actual poderío. Al hacerlo, exigió que el libro permanezca sellado hasta su muerte. Sistema que me parece muy recomendable, ya que permite el desahogo póstumo de tantas especies como pesan sobre el entendimiento y el corazón, y que respetos y miramientos obligan á callar, mientras el divulgarlas puede acarrear serio perjuicio y desazones sin cuento.

Una objeción tengo que oponer á las hojas circulares que el Sr. Carleton me envía, acompañadas de una carta muy amable. En el texto de una de ellas leo algo que me confunde. Al quejarse el coleccionista de cierta oposición á su idea, que al comenzar á divulgarla notó en los mismos autores, dice textualmente: «Los que al principio me contestaban con enérgica negativa, empiezan á comprender que dentro de algunos años podría pesarles no encontrarse en compañía de autores ilustres. Después de que uno se muere, es tarde ya para dedicar sus obras.» En efecto, pero yo interrogo: ¿cómo le puede pesar á un autor difunto el no encontrarse en excelente compañía literaria?

Aparte de este reparo del género ninio, pues es evidente que la hoja no dice lo que quiso decir, la empresa del Sr. Carleton es en sumo grado interesante y hasta útil. Es además algo que considero inestimable, algo que á todos nos hace falta: una manera de llenar la vida. Padece la vida humana, por extraña asociación, dos males que parece excluirse: el peso y el vacío. A veces gravita sobre el espíritu como enorme chapa plúmbea; á veces es un pozo seco, y no hay medio de colmar su vacuidad. Cuando el capitalista de Minneapolis nos repite que su labor de coleccionista es deliciosa, que le inunda de alegría y de felicidad el realizarla, le creemos, y hasta le envi-

diáramos, si también no hubiésemos buscado, desde los primeros años de la existencia, algo que la llene. A la verdad, el recurso de Carleton es superior al nuestro, porque se ha propuesto un objeto fácil, y su Quimera de papel, cartón y tinta es accesible; no le devorará; no rugirá, insaciable y fiera, dentro de su corazón. El secreto de la dicha posible es este: proponerse lo que está al alcance del brazo, lo que la voluntad con su esfuerzo consigue obtener. La biblioteca de Carleton será un primor y honrará infinito á Minneapolis; y yo, por mi parte, declaro que estoy dispuesta á auxiliar todo lo posible al que sus contemporáneos llaman *filántropo*, comprendiendo que tanto ama á sus semejantes el que les da pan como el que les da instrucción y cultura.

Otro mérito del Sr. Carleton es que se encuentra decidido á comprar, positivamente comprar, vamos, pagando su importe en librería, las obras que han de integrar su biblioteca. Esto solo hace el elogio del Sr. Carleton, y causa un asombro involuntario, aquí, donde la dulce costumbre es regalar un objeto sin valor reconocido, que se llama libro, y que su autor, sin duda por entretenerse, ha compuesto, impreso y publicado. El que recibe la dádiva la mira de un modo piadoso, lleno de bondad, y se apresura á presarla á un amigo, el cual se precipita á facilitarla á otro, y así sucesivamente; esto, en el mejor caso, dando por supuesto que sea un libro que alguien encuentre ameno y digno de leerse. Rarisima vez vuelve la obra á la estación de origen, y yo he dado dos ó tres veces libros míos á una misma persona, que se los había dejado «pisar», con dedicatoria y todo, por bibliórrapos de ocasión. La bizarra resolución del rey del libro, adquiriendo uno á uno y mediante dólares sus súbditos, es digna de loor eterno.

¿Qué prosperidad no representaría para las letras la existencia de un centenar de bibliotecas públicas compradoras de los diez ó doce buenos libros que salen á plaza en España anualmente? Con un presupuesto mínimo, se protegería y divulgaría el arte literario. Y lo que se hace es, al contrario, obligar á los autores al donativo forzoso de tres ejemplares, para que la Biblioteca Nacional se enriquezca á cuenta de los que producen, sin costarle al Estado un céntimo.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Extra
asuntos
riódicos
to á lev:
serpient
tenido
tras rías
fantasm
de los
acaso é
globo,
nes del
tas, obs
ción co
sobre r
para tra
un viaje
cuerpo
marina:
su exist
acá.

¿No
tante d
os mere
surda é
debemo
lo que,
ba la aj
ahorre
suadirse
bras: «
nos aca
naturale
embargo
filósofos
se ó ens
que gra
converti
y las flo
otros oí
cépticos
singular
cerrada
esmerik

Y na
serpient
Mi viaje
pasé mu
te. Aun
allí, yo
dice ver
ella jam
dad llev

Tal e
el perpe
un resc
echar n
de Har
le impo